

Las literaturas flamenca y neerlandesa: entre individuo y sociedad

Jaap Goedegebuure es ensayista, crítico de la revista semanal *HP/De tijd* y catedrático de ciencia literaria en la Universidad de Tilburg. Es autor de varios estudios sobre literatura neerlandesa y flamenca y se doctoró con una tesis doctoral sobre la obra literaria del poeta Hendrik Marsman (1989 - 1944).

Se puede definir a la literatura neerlandesa como el conjunto de obras literarias escritas en neerlandés: poesías, novelas, relatos, obras de teatro y ensayos. El neerlandés es una lengua hablada por aproximadamente 25 millones de personas, repartidas entre los Países Bajos, Flandes (la región neerlandófono de Bélgica), el Surinam y las islas de Curazao, Bonaire y Aruba, dependientes del Reino de los Países Bajos. Todo hablante del neerlandés es un escritor en potencia; de ahí que el radio de difusión de la literatura en esta lengua no se limita solamente al noroeste de Europa, sino que también llega a la zona del Caribe.

La lengua es el factor aglutinante de la literatura en neerlandés. Las obras de autores flamencos, neerlandeses, surinameses y antillanos pueden llegar a lectores de diferentes países sin necesidad de traducción. El libro traspone las fronteras que han sido trazadas como consecuencia de evoluciones políticas. Por cierto, esas evoluciones políticas del pasado han dejado, naturalmente, su huella en la literatura. En consecuencia, los procesos de colonización y descolonización desempeñan un papel de importancia en la obra del surinamés Edgar Cairo y del antillano Frank Martinus Arion. El hecho de que los Países Bajos se separaran de España, como consecuencia de la Guerra de Flandes (1568 - 1648), mientras que Flandes y Valonia (la región francófono de Bélgica) siguieron perteneciendo a la corona española, tuvo marcantes consecuencias: el protestantismo se convirtió en guía rectora de la cultura del norte; el catolicismo haría otro tanto en el sur.

La influencia protestante se ha perpetuado, en la literatura, en identificables rasgos de una cierta naturaleza contemplativa, no exentos de moralismo. No es difícil encontrar una explicación a este fenómeno. La reforma religiosa del siglo XVI, que tuvo incidencias tan profundas para los habitantes de los Países Bajos, reclamaba del individuo la observancia de la responsabilidad personal con respecto a Dios y a la sociedad. Los escritores neerlandeses más notables - el humanista Erasmo de Rotterdam, el poeta barroco Joost

van den Vondel, el librepensador Multatuli y el escéptico nihilista Menno ter Braak - también eran moralistas y, en calidad de tales, partidarios o competidores de sacerdotes y pastores, aún cuando para la emisión de su mensaje se sirvieran de la burla o de la sátira.

El carácter contemplativo en la literatura siguió presente aún después de los años 20 del presente siglo, periodo en que la sociedad neerlandesa experimentó la decisiva influencia de la secularización. Prácticamente todos los escritores contemporáneos integran el producto de su imaginación, ya se trate de situaciones, acontecimientos o descripciones de caracteres, en un modelo retórico con características de parábola: la realidad no sólo se describe o se modifica para producir un hecho artístico, sino que, al mismo tiempo, sirve para ilustrar una determinada concepción de la vida o de la sociedad. Esta tendencia se manifiesta intensamente en los escritores que han basado su obra en sucesos de la Segunda Guerra Mundial.

Para los apacibles Países Bajos, libres de conflictos armados desde los días de la Revolución Francesa, la ocupación alemana entre 1940 y 1945 fue un duro golpe. En la literatura se reflejan las profundas huellas que dejaron los años de la contienda. Todos los escritores más destacados han reaccionado ante este acontecimiento. Simon Vestdijk (1898-1971) delineó en sus novelas *Pastorale 1943* («Pastoral 1943», 1948) y *Bevrijdingsfeest* («Fiesta de la Liberación», 1949) una imagen de la guerra que deja muy poco en pie del heroico mito de la resistencia armada. Willem Frederik Hermans (1921-1995) fue aún más lejos en lo que respecta a la desmitificación. Su controvertida novela *De tranen der acacia's* («Las lágrimas de las acacias», 1949) da casi por sentado que la ilegalidad y la charlatanería son sinónimos. La novela *Het behouden huis* («La casa salvada», 1952) demuestra el carácter arbitrario de la diferenciación entre héroes y bandidos: para salvar el pellejo, el protagonista se hace pasar primero por nazi y luego por partisano comunista. En *De donkere kamer van Damokles* («El cuarto oscuro de Damocles», 1958), Hermans lleva a un extremo este espíritu desmitificador: el personaje que antes de la guerra era un despreciado pusilánime, se supera a sí mismo durante la ocupación alemana y destaca por su valor al servicio de la patria, para ser finalmente tachado de traidor después de la liberación. En detenido análisis, estas y otras mascaradas están al servicio de un alegato que quiere expresar en qué medida los conceptos de ética y moral son el balón de juego de una simple contienda de intereses.

Mientras que Hermans predica fundamentalmente la moral del cinismo en su obra, Harry Mulisch irá adoptando, con el correr del tiempo, un punto de vista que se aferra al imperativo categórico en

lo referente al bien y al mal. Mientras que en su novela *Tussen hamer en aambeeld* («Entre el martillo y el yunque», 1952) todavía se aprecia una inevitable afinidad con *Het behouden huis*, sobre todo en lo que respecta al simbolismo existencial de la situación límite (la temática de ambos recuerda la obra de Jean Paul Sartre y Albert Camus), en *Het stenen bruidsbed* («El tálamo de piedra», 1959) Mulisch hace implícitamente una condena: los agresores siempre son reprobables, aun cuando bombardeen ciudades alemanas por orden de la comandancia general del ejército de los aliados. En *El atentado* (1982), Mulisch presenta la encrucijada del bien y el mal en la situación especial de la guerra, y relaciona este problema con el dilema de si el fin justifica los medios: ¿tiene derecho un miembro de la resistencia a ejecutar actos de violencia si ello trae como consecuencia la muerte de ciudadanos inocentes? La preocupación por este tipo de cuestiones, que han seguido ocupando a Mulisch, se pone también de manifiesto en su reciente novela, *El descubrimiento del cielo* (1992), una historia fantástica y a menudo también picaresca en la que, por mandato divino, se deben regresar al cielo las tablas de la ley, ya que la humanidad no hace más caso de los diez mandamientos. En el marco de la atención dispensada a la Segunda Guerra Mundial, el tema de la persecución judía ocupa un lugar muy particular. Más de 100.000 judíos neerlandeses perecieron en campos de exterminio nazis; la quinceañera Ana Frank fue una de esas víctimas. Durante el año y medio que permaneció escondida en una casa de los canales de Amsterdam, Ana escribió un diario que se convertiría en el libro en lengua neerlandesa más leído y traducido a más lenguas. Etty Hillesum es otra testigo literaria de la guerra quien, como Ana Frank, alcanzó fama internacional después de su muerte. Aunque sus diarios son de un carácter más introspectivo que los de Ana Frank, ofrecen, de manera indirecta, un bosquejo de la situación durante los años de la guerra que impresionan de igual manera que los libros donde predomina el tema de la acción de armas. Además de estos diarios, encontramos elaboraciones del mismo tema bajo formas de ficción narrativa: *La hierba amarga* (1957) de Marga Minco, y su novela *De val* («La caída», 1983), *Los martes de Westerbork* (1957), novela de Jacob Presser; Gerard Reve y su crónica *De ondergang van de familie Boslowitz* («El hundimiento de la familia Boslowitz», 1946) y la novela corta de Jona Oberski *Infancia* (1978). Las sombras del holocausto se ciernen sobre la historia de posguerra hasta el día de hoy hasta tal punto que incluso nos confrontamos a una «problemática de la segunda generación». Esta generación también cuenta con sus propios portavoces. En su novela *Mendels erfenis* («La herencia de Mendel», 1990), Marcel Möring narra la vida de un joven que se siente casi literalmente aplastado bajo la carga del pasado. Leon de



Winter se inclinó en un principio por un tratamiento del tema de la guerra donde los acontecimientos históricos y la ficción, la realidad y la ilusión se alternan constantemente: *La Place de la Bastille* («La Plaza de la Bastilla», 1981) es un buen ejemplo de ello. Posteriormente, De Winter se orientó más vehementemente hacia el modelo de la novela de suspense, tal como lo demuestran *Hoffmann's honger* («El hambre de Hoffmann», 1991) y *De ruimte van Sokolov* («El espacio de Sokolov», 1994), aunque también en estas obras la problemática de la segunda generación sigue estando en el foco de la atención.

El tema del colaboracionismo está claramente presente en *La pena de Bélgica* (1983), la monumental novela del escritor flamenco Hugo Claus. Tal como ocurre en *Pastorale 1943*, de S. Vestdijk, en la novela de Claus se narran los aspectos tragicómicos y grotescos de la guerra. El protagonista, Louis Seynaeve, un *retrato del artista en sus años juveniles*, vive la ocupación alemana como si se tratase de unas «vacaciones de la vida». Cuando el color de rosa de esa vida se opaca y nuestro héroe regresa a la desengañadora realidad, es más un niño desilusionado que un individuo crítico y acusador: «Cuando las cohortes alemanas desfilaron a paso de marcha por la calle del Leie y la Plaza Mayor, Louis apenas si pudo recordar la excitación inicial, esa mezcla de temor y embelesamiento que se apo-

Los Quijotes de la literatura en lengua neerlandesa: Harry Mulisch, Hugo Claus y Cees Nooteboom. Dibujo: Siegfried Woldhek

(¹) Hugo Claus: *La pena de Bélgica*. Madrid: Alfaguara, 1990, pág. 327-328.

deró de él cuando todos ellos, todos de la misma edad, con la misma tez bronceada (en realidad se trataba de chicos algo mayores que él), habían entrado por la ciudad de Walle,... El ataque y la invasión de Bélgica era agua pasada. Al no tener un enemigo contra quien combatir, su talante gatuno y salvaje había desaparecido. Se sintió ligeramente decepcionado con estos hombres normales y corrientes en *Feldgrau* (Gris de campaña). Como si ellos entonces, en aquellos ardientes días de mayo llenos de metralla y gritos, hubiesen hecho una entrada falsa en una opereta de majorettes con gorras con la calavera...»(¹)

Por cierto, es un hecho notable que la repercusión de la Segunda Guerra Mundial en la literatura flamenca es mucho menos evidente que en la neerlandesa. Novelas como *De donkere kamer van Damokles* y *De aanslag* son imposibles de encontrar en la región sur del radio de difusión de la lengua neerlandesa. Además de *La pena de Bélgica* y de otra novela de Hugo Claus, *El asombro* (1962), también centrada en el tema del colaboracionismo, cabe destacar aún *Mijn kleine oorlog* («Mi pequeña guerra», 1947), de Louis Paul Boon y *De vermaledijde vaders* («Los padres malditos», 1985), de Monika van Paemel. Mientras que Boon describe la manera en que soldados rasos y ciudadanos trataban de sobrevivir durante la guerra, de ser necesario, haciendo concesiones al honor y a la moral, Van Paemel bosqueja a grandes rasgos el panorama del siglo xx, en el que Flandes se vio confrontada a dos guerras mundiales. Fundamentalmente, los sangrientos sucesos acaecidos en Vinkt, un pueblo flamenco cuyos habitantes fueron asesinados prácticamente en su totalidad por los nazis en mayo de 1940, caracterizan las ideas sobre la guerra: esta ha sido, a través de la historia, una cuestión de hombres. El hecho de que en la literatura flamenca se haya dispensado mucha menos atención a los sucesos de la guerra que en la literatura neerlandesa, puede ser un indicio de que quizá se quiera reprimir el tema. Los flamencos tienen menos motivos que sus vecinos del norte para sentirse orgullosos por su comportamiento durante la ocupación y la opresión nazi. Muchos de ellos recibieron a los invasores como a un pueblo hermano, que venía a liberarles de la aborrecida influencia francesa. Los recuerdos traumáticos causan, a menudo, demasiado dolor para poder aceptarlos.

La Segunda Guerra Mundial no sólo afectó a los Países Bajos, sino también a las Indias neerlandesas, el territorio insular en el sudoeste asiático que había sido conquistado entre los siglos xvi y xvii por la Compañía de las Indias Orientales y que posteriormente sería anexado al Reino de los Países Bajos. Los ciudadanos neerlandeses que durante el periodo entre 1942 y 1945 se encontraban residiendo allí para el desempeño de funciones administrativas, comerciales y educativas, entre otras, sufrieron, como consecuencia de la

invasión japonesa, el cautiverio en campos de concentración o se les obligó al trabajo forzado. Muchos de ellos perecieron a consecuencia de lo anterior. El destino de estas víctimas está narrado en libros de Rudy Kousbroek y Jeroen Brouwers, autores que, por otra parte, transmiten en sus obras inevitables diferencias de puntos de vista con respecto al terror japonés. Mientras que Kousbroek relativiza el trauma bélico de los indoneerlandeses^(*), haciendo hincapié en su dañado sentimiento de superioridad, sustentado en su pertenencia a la raza blanca, Brouwers insiste en que el sufrimiento causado por la guerra de las Indias neerlandesas se ha menospreciado sistemáticamente.

Aún durante la ocupación japonesa, activistas nacionalistas, bajo las órdenes de Dewi Sukarno, quien sería el primer presidente del país, proclamaron la independencia del nuevo Estado de Indonesia. Este episodio también se ha reflejado varias veces en la literatura; por ejemplo, en novelas de Beb Vuyk, Jeroen Brouwers, Jakob Vredendregt, y otros. La novela *Oeroeg* (1948), publicada poco después de finalizada la guerra, tuvo gran éxito. Hella Haasse, su autora, analiza en la novela el conflicto entre blancos y negros, valiéndose para ello de una historia sobre dos amigos de juventud que se convierten en adversarios durante la guerra de independencia. Haasse ha vuelto recientemente a la temática colonial en su novela documental *Heren van de thee* («Señores del té», 1992), que se desarrolla en el último cuarto del siglo XIX, cuando la supremacía blanca aún se hacía sentir en Indonesia. F. Springer (seudónimo de Carel Jan Schneider), quien al igual que Hella Haasse, Rudy Kousbroek y Jeroen Brouwers, nació en territorio de las antiguas Indias neerlandesas, escribió también sobre las secuelas de la descolonización. Medio siglo después de la pérdida de la colonia, el tema aún no se ha agotado, como lo demuestra la ininterrumpida corriente de literatura poscolonial. Las cifras de venta hablan a las claras de que este fenómeno tiene aún gran repercusión. Así, las novelas *Nathan Sid* (1983) y *Indische duinen* («Dunas indonesias», 1994), de Adriaan van Dis alcanzaron tiradas de numerosos ejemplares.

Hella Haasse no ha escrito solamente sobre Indonesia; en la literatura neerlandesa, Haasse es la más destacada autora de novela histórica, género que ya antes de la guerra había sido cultivado por autores como Louis Couperus y Simon Vestdijk. En un principio, la escritora optó por un enfoque tradicional, tal como lo hace en su primera novela *El bosque de la larga espera* (1949), biografía novelada de Charles d'Orléans, el príncipe y poeta francés que en tiempos de la Guerra de los Cien Años estuvo cautivo en Inglaterra. En trabajos más recientes, Hella Haasse ha comenzado a ocuparse más intensamente de problemas relacionados con las técnicas narrativas de la

(*) Neerlandeses, mestizos o criollos, nacidos en la otrora colonia neerlandesa de Indonesia.

novela histórica. Se muestra consciente del problema que significa narrar un hecho del pasado, ya que esta narración es una reconstrucción subjetiva. Sus últimas novelas, basadas estrictamente en fuentes históricas auténticas, se apartan de la idea tradicional de la diferencia entre ficción y realidad, por lo que estas obras señalan la transición hacia un estilo literario «postmoderno» que se ha convertido, en los últimos veinte años, en un bien común de la literatura neerlandesa, sobre todo en el círculo de autores vinculados a la revista *De revisor* («El revisor»). Nicolaas Matsier, Frans Kellendonk y Doeschka Meijsing, autores de posguerra todos ellos, no se han inspirado en los libros de Haasse, sino que se han basado principalmente en la obra de Jorge Luis Borges, Vladimir Nabokov y Witold Gombrowicz. Lo anterior también es válido para Cees Nooteboom, algo mayor que los anteriormente citados. Con su novela *De ridder is gestorven* («El caballero ha muerto», 1963), Nooteboom se adelanta diez años a la evolución ya descrita. En esta novela, la recreación literaria deja ya de ser un recurso natural del escritor para convertirse en un obstáculo entre el sujeto que describe y la realidad que debe describirse. El narrador se halla aquí a la búsqueda de una salida al dilema que aparece inevitablemente desde el momento en que el escritor se plantea el interrogante que refleja la naturaleza intrínseca de la novela: «¿es mi vida real, o lo que escribo es real?». En obras posteriores de Nooteboom, tales como *Een lied van schijn en wezen* («Un canto de esencia y apariencia», 1981) y *En las montañas de Holanda* (1984), esta preocupación por la relación entre ficción y realidad vuelve a hacerse presente.

Además de novelista de fama internacional, Nooteboom es un destacado poeta. El estilo de su obra guarda relación con la tendencia del manierismo hermético dentro del modernismo, que fuera de los Países Bajos tiene como representantes a Thomas Stearns Eliot, Ezra Pound y Saint-John Perse. En los Países Bajos, esta corriente floreció en la obra del *Beweging van Vijftig* («Movimiento de los cincuenta»), al que pertenecen figuras como Lucebert, Gerrit Kouwenaar, Remco Campert, y el flamenco Hugo Claus. Esta poesía contrasta con otra de carácter mucho más anecdótico y realista, donde la presencia de hechos e impresiones cotidianas en los poemas ocupa un papel primordial, y en la que se prefiere el uso del lenguaje coloquial a un lenguaje literario más artificioso. Esto no quiere decir, por cierto, que los poetas que pertenecen a esta última tendencia no sean capaces de alcanzar profundidad en su obra. Al contrario: figuras como Judith Herzberg, Rutger Kopland, Herman de Coninck, Eddy van Vliet y Leonard Nolens han conseguido repetidas veces dar a temas triviales un tratamiento tal en su poesía, que han logrado que la rutina y la vida cotidiana brillaran con luz nueva. Tal como ocurre en la nueva novela neerlandesa, en la lla-



mada «poesía anecdótica» encontramos una distinción entre recreación y realidad, que se manifiesta a través de un claro carácter metafórico y simbólico.

En lo referente a los lazos entre literatura y filosofía puede constatarse que, en los últimos años, la relación entre estas se ha hecho más estrecha que nunca. Varios factores han contribuido a esta evolución. Uno de ellos es la presencia de toda una generación de escritores que ha tenido acceso a una formación académica en lo que respecta al problema filosófico. Estos autores comparten la necesidad de reflexión, a la que en el pasado el cristianismo, el humanismo o el socialismo ofrecían cobijo, pero que, al final de la era de las grandes ideologías, no encuentra más contextos donde golpear a la puerta. La literatura de orientación filosófica se ofrece a este respecto como alternativa a religiones e ideologías. Finalmente, el clima cultural internacional favorece la simbiosis entre literatura y filosofía, como lo demuestra la obra de figuras como Jacques Derrida, Peter Sloterdijk y Robert Pirsig. Esta tendencia se manifiesta de forma muy marcada en la obra de Connie Palmen. Su primera novela *Las leyes* (1991) es, a primera vista, el informe de un viaje de exploración espiritual. Una estudiante de filosofía trata de descubrir, valiéndose de siete hombres, a qué reglas debe responder el comportamiento humano. En poco tiempo, la protagonista se enseñoa de sus tutores; sólo el último de ellos, un artista, la domina: ¿una muestra de que la filosofía académica lleva las de perder ante la literatura? También en su novela *De vriendschap* («La amistad», 1995) Palmen no esquiva el tratamiento de los grandes interrogantes filosóficos. Los recuerdos de una amiga con quien

Cuatro generaciones de literatura flamenca. De izquierda a derecha: Gerard Wal-schap, Hugo Claus, Walter van den Broeck, Tom Lanoye. Fotografía: Gerrit Serné

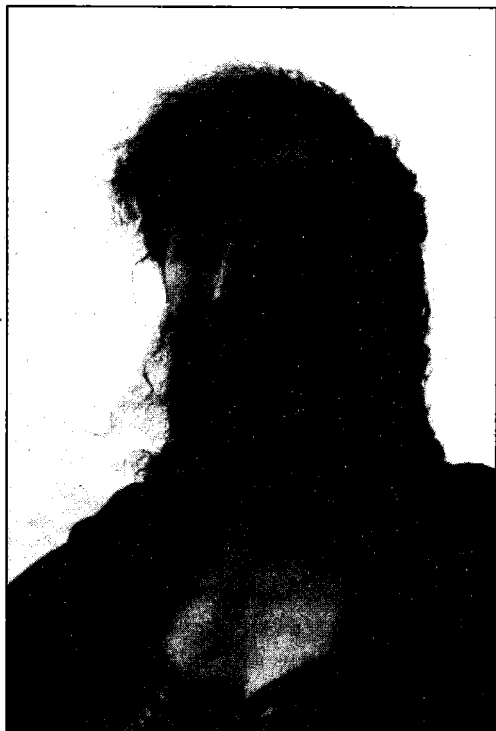


A.F.Th. van der Heijden en un canal de Amsterdam. *Fotografía: Klaas Koppe*

mantenía una relación muy especial, evocados por el narrador en primera persona, desembocan en reflexiones acerca del conflicto entre el libre albedrío y la determinación personal.

Martin Bril y Dirk van Weelden hacen gala de una suerte de filosofía más ligera. En *Arbeidsvitaminen. Het ABC van Bril en Van Weelden* («Vitaminas de trabajo. El ABC de Bril y van Weelden», 1987) ofrecen, en decenas de pequeños fragmentos, una imagen caleidoscópica de la pluriforme y multicultural ciudad de Amsterdam, símbolo de la sociedad del postmodernismo. En novelas como *Tegenwoordigheid van geest* («Presencia de ánimo», 1989) y *Mobilhome* (1991), van Weelden avanza aún más, ampliando la realidad actual con el ilimitado mundo de la recreación. El presente y el pasado, países imaginarios y otros reconocibles por el lector se mezclan para crear una utopía que tiene cabida solamente en el papel. Van Weelden recuerda a veces al novelista Gerrit Krol, quien describe un ordenador como una persona que hace poesía con las matemáticas.

Un gran maestro de la novela de carácter filosófico es A.F.Th. van der Heijden. Desde hace ya bastante tiempo está abocado a la composición del ciclo de novelas *De tandeloze tijd* («El tiempo sin dientes»), una variante de finales del siglo xx de *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust. En la mencionada novela, el pro-



tagonista ya no es un aristócrata en busca de sus recuerdos, sino un héroe de la clase trabajadora, esclavo de su adicción a la heroína, que desea fervientemente retornar a sus felices años juveniles. Es sobre todo el estilo de la novela lo que deja entrever hacia dónde apunta el narrador por deseo del autor: las pomposas frases, profusamente cargadas de metáforas, deben evocar un mundo donde las leyes dictatoriales del tiempo y el espacio no existen. También en novelas como *De sandwich* («El sandwich», 1986), *La vida en un día* (1988) y *Asbestemming* («Destino de cenizas», 1994), van der Heijden se empeña en conjurar la temporalidad, la condición de mortal y la muerte misma con un réquiem o una fábula.

Van der Heijden es un maestro en el manejo de géneros y de estilos literarios, una cualidad que también encontramos en Margriet de Moor. Su novela *Gris, blanco, azul* (1991) tiene visos francamente trágicos, debido a su fijación por el tema de la imperfección de las relaciones humanas. En cambio, *El virtuoso* (1993) que trata del amor imposible entre una aristócrata y un cantante castrado, presenta más bien un carácter frívolo, lo que concuerda con el contexto dieciochesco de la historia. El ciclo *De tandeloze tijd*, de van der Heijden es, en varios aspectos, una obra relevante para la evolución de la literatura de posguerra en lengua neerlandesa. Tomando como base la historia personal de un individuo aislado en

Margriet de Moor.

Fotografía: Contact

Willem Frederik Hermans.

Fotografía: Chris van Houts

un punto concreto y limitado del mapa, se ofrece una imagen de todo un periodo. Este procedimiento, del que se valieron autores como Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad* y Günter Grass en *El tambor de hojalata* también ha inspirado al autor flamenco Louis Paul Boon. El díptico formado por *El camino de la capillita* (1953) y *Zomer te Ter-muren* («Verano en Ter-muren», 1956) narra la historia de la niña Ondineke, pero encierra al mismo tiempo el punto de vista de Boon sobre el advenimiento y la caída del socialismo en los siglos XIX y XX.

La manera en que Boon enfoca y da tratamiento a sus temas ha sido de gran influencia para la literatura flamenca moderna. Autores como Paul de Wispelaere, Walter van den Broeck, Monika van Paemel, Leo Pleysier y Pol Hoste han relacionado el relato de su biografía personal, situado en un pueblo, en una ciudad pequeña o en una región, con la historia de Europa occidental durante los últimos dos o tres siglos. En novelas como *Brief aan Boudewijn* («Carta a Balduino», 1980) de Walter van den Broeck, o *De vermaledijde vaders*, de Monika van Paemel, el destino del Estado belga está en el foco de la atención. Dejándose inspirar por el estilo de Boon, estos autores escriben su historia desde la perspectiva individual del protagonista. Lo anterior también es válido para la novela de Hugo Claus *La pena de Bélgica*, anteriormente citada. A pesar de que esta novela trata en detalle el tema del fascismo, el escenario de la acción se limita a Walle, una pequeña localidad flamenca en la que es posible reconocer a la ciudad de Kortrijk, lugar de nacimiento de Claus.

Una cuestión de estilo

Por lo anterior, a veces se ha fomentado la impresión de que la última generación de escritores neerlandeses están menos comprometidos con la actualidad sociopolítica que Hermans y Mulisch en su época juvenil: nada más inexacto. Bien es cierto que durante los años 70 estuvo vigente una tendencia literaria esteticista y libre de principios que halló su medio de expresión en la revista *De revisor*. A pesar de que casi ningún autor se atreve a admitirlo públicamente, el tema de la moral se ha hecho presente nuevamente en la literatura. En sí, esto no tiene nada de extraordinario, ya que durante los últimos doscientos años se ha observado un ininterrumpido movimiento pendular entre el punto de vista que es partidario de un arte autónomo, libre de principios, y la opinión de que el arte, justamente, debe estar regido por una concepción determinada. En los años 60 se vivieron los días de florecimiento del compromiso social de la literatura; posteriormente, se dio una reacción escéptica que resultó en el convencimiento de que la literatura era un juego de mesa de alto nivel, y en estos momentos, evidentemente, ha lle-

gado otra vez la hora del compromiso social.

Naturalmente, en la práctica, la situación no resulta tan sencilla tal como se explica aquí con la teoría del movimiento pendular. La literatura no es un objeto del mundo de la moda, como el largo de las faldas o el ancho de las solapas. Los acontecimientos políticos y sociales de los últimos tiempos - la desintegración del bloque Oriental con sus caóticas y terribles consecuencias, la Guerra del Golfo, los masales desplazamientos de pueblos enteros - han sido la causa del retorno de la profundidad en la literatura. Es notable que los escritores actuales (incluidos los anteriormente citados) ya no se muestran reacios a la hora de justificar sus textos. Al contrario: cuando se les hace un reportaje, declaran abiertamente que tienen un mensaje que transmitir. Cuando a Mulisch se le preguntó si el final de *El descubrimiento del cielo* no era un poquitín moralizador, el escritor replicó sin titubeos: «¿Y qué tiene de malo la moral?»

La tendencia dirigida hacia un mayor compromiso moral no se ha presentado tan abruptamente como quizá pueda parecer. Escritores jóvenes como Dirk van Weelden ya habían comenzado hace algún tiempo atrás a abrir las ventanas al mundo. En su novela *Tegenwoordigheid van geest* («Presencia de ánimo»), van Weelden se mete con el problema de una manera aún juguetona, al poner a discutir sobre temas actuales («la sociedad solícita», como ejemplo de un tema que debido a su novedad y a su sentido político revolucionario, inmediatamente se convirtió en algo trillado, de lo que daba fastidio hablar) a un conjunto de personas representativas de esta época; sólo que las sitúa en baños romanos, al principio de nuestra era.

De eerste steen («La primera piedra», 1992), de Monika van Paemel, también es de carácter moralizador. La novela trata sobre el problema mundial de los perdedores, los desarraigados y los migrantes, y no casualmente se desarrolla en gran parte en la ciudad de Jerusalén, por antonomasia lugar de los desplazados, los sin hogar y las víctimas de todo tipo de tragedias. Por más importante que parezca el mensaje intrínseco, la literatura sigue siendo una cuestión de estilo. Sólo que la sociedad actual, pluralista y diversa, ya no está interesada en respuestas definitivas, sino en puntos de vista que estimulen la curiosidad y acicateen la creatividad. La literatura en lengua neerlandesa es capaz de satisfacer a todas estas necesidades.

Traducción: Rubén J. Chapp